

bajo los ojos de las hijas, y que los doctores manipulan con sadismo, como si no fuera un ser humano, la escritora se pregunta desesperada por qué. El cuerpo querido se vuelve infinito; la habitación gris de un hospital acaba encerrando el absoluto. Madre e hija se pierden y se reencuentran. Vuelven a encontrarse a medida que se pierden.

Hoy en día, a Simone de Beauvoir podría considerársela obsoleta. Las jóvenes de veinte años apenas saben quién es. Sus «hijas» intelectuales, aquellas para las que fue una pionera del feminismo, han querido emanciparse de la madre. Su teoría feminista ha sido superada: las feministas de tercera generación insisten en la diferencia entre los dos sexos, y en la especificidad de la mujer en todas sus dimensiones, desde la psique hasta el lenguaje, conformando un ser fluido, contradictorio, discontinuo, circular, abierto, deconstruido, etc.: el «genio femenino». Sus novelas quizás puedan parecer demasiado ideológicas, como muchas de las novelas de esa generación, lo que por otra parte se comprende, porque esos intelectuales habían vivido la guerra y necesitaban creer en algo. Quizás su pensamiento, también sobre la condición de la mujer, esté demasiado marcado por el marxismo y el comunismo. Sus memorias a veces pueden parecer poco espontáneas, demasiado discretas, *rangés*. Pero no se la puede olvidar o recordar sólo como un fósil. Su pensamiento, que sus escritos autobiográficos nos ayudan a comprender, sigue siendo actual, y el feminismo de hoy en día quizás debería aprender algo de esa escritora a la que no le gustaba que la llamaran feminista, y de su enfoque más tolerante e incluyente sobre la cuestión femenina.—SILVIA ACIERNO.

El río de Arcadi y la trama de los afectos

ARCADI ESPADA: *Ebro/Orbe*. Tentadero Ediciones, Barcelona, 2007, 234 pp.

A pesar de las interesadas apariencias, al comenzar el viaje no somos inocentes. No podemos serlo. Ocurre lo mismo al asomarnos a un libro, aunque, como es el caso, lo abramos con regocijo porque esperamos

mucho del autor, no en vano lo hemos frecuentado todo lo posible desde que descubrimos su talento para la diatriba, para descerrajarle un tiro en la sien al lugar común, un tiro metafórico en su literalidad, porque se atiene a lo escrito y al rigor, no le teme a casi nada, salvo al pensamiento inane y a la estupidez. En realidad no les teme, le proporcionan una pólvora tan útil como reveladora para dejar en evidencia siempre que tiene la oportunidad –y el palíndromo nacional da tantas oportunidades que parece mentira que al autor no se le cansen los dedos– les atiza en la sintaxis, en la lógica y en el occipucio de la cobardía a los que se envuelven en la sayón ideológico. Esa hueste florida descuenta todo lo que digan renegados del arado de la izquierda fetén como Arcadi Espada, que lleva tiempo atreviéndose a pensar a la contra, atreviéndose a decir lo que ve aunque no le guste a la oligarquía del pensamiento, es decir, a la izquierda apaisada que lleva tanto tiempo expidiendo certificados de corrección moral que se le ha quedado un penoso rigor mortis en el aparato de pensar.

Casi al inicio de su trayecto de la desembocadura a los orígenes (y más tarde a los tubos de un trasvase abortado), se hace eco el viajero de la crisis en la que están sumidos todos los deltas, el Nilo, el Po, el Misisipi... ya que «los ríos transportan cada vez menos sedimentos a las desembocaduras y el mar, los mares, avanzan drásticamente. El viajero supone que su desaparición sería una gran pérdida ecológica pero, sobre todo, moral. Un delta, cualquiera, traza una completa geografía de la duda», y agrega un grano que forma parte de su naturaleza, de sus cualidades no sé si innatas, pero desde luego netas, de observador: «Todas las vidas de los hombres de los deltas se han desarrollado en torno a un tema único: la arena movediza de las fronteras». Los deltas encogen, los sedimentos escasean, los mares avanzan, las fronteras y las propiedades se endurecen. Al viajero le encelan no sólo las fotos falsas, sino las falsedades que se pueden llegar a urdir con la fotografía. Este libro está plagado de hallazgos, es un viaje original, a ras de tierra, pero que a menudo vuela muy alto, tan alto, y con tan buenas vistas del interior del alma alanceada de España, que el lector llega al final del viaje apenado de tener que bajarse, que abandonar la compañía de un viajero que ayuda a ver con tanto tino, con tanto apasionado desapego, con tanta enjundia por la humana

condición, su abulia y su fracaso (hablamos de los españoles, esto que aprendemos y desaprendemos a ser aquí con ciclos tan reumáticos y dolorosos: la trama de los afectos que es el xilofón que hacen sonar nuestros fantasmas, tan estridentes). Llega pronto el primero de los grandes descubrimientos, amén el del libro en sí, su trazo: el de esa famosa foto de las tropas republicanas cruzando el río en Miravet, que resulta falsa, ignominiosamente falsa.

Como esto no es una crítica al uso, voy a ir mostrando las cervicales y las dorsales como marcas de lectura, marcas de agua, papel de tornasol: «Una tarde en el centro del verano no es el mejor momento para responder preguntas. Pero necesita un ingeniero [habla el viajero, en tercera persona, que es el punto de vista que ha elegido el autor para mirar y para poder mirarse, imagino que también porque algo se le quedó de leer a Julio César], diques, o se le irá río abajo la escritura: nada más arrasador que la melancolía». De eso se cuida, claro, para no echar a rodar la prosa que ha echado a rodar (a perder) a tantos «artistas» españoles. He ahí, sobre todo, una clave dinámica y nítidamente periodística: diques es lo que nos hace falta.

No digo que no las tuviera preparadas, pero en cualquier caso se trata de una estrategia legítima: en fin de cuentas es lo que va a quedar, y al menos el viajero se ha tomado la molestia de no improvisar más de la cuenta, de estudiar el terreno (como le habrían aconsejado desde Ferlosio a Kapuscinki, y viceversa), las va soltando, como puñetazos que te hacen ver las estrellas, afiladas como cuarzo: «La moral es hija de la sobrealimentación». Puede que cinismo y paradoja se timen en algunas ocasiones, pero esa frase explica muchas sobremesas y muchos vuelos rasantes políticos. Pero lo mejor es como hacen los buenos escaladores, ceñirse a la pared, ir palmo a palmo, no acelerarse, no emocionarse. El siguiente pitón está a la vuelta de la esquina (léase página): «La inundación de un pueblo es la versión espectacular, a gran formato, del drama silencioso y generalizado de la emigración, económica, política o moral: del hecho simple de que uno tenga que marcharse de un lugar sin quererlo». A veces es como si toda África estuviera siendo inundada. Con nuestra basura e impericia conceptual, desde luego. Al autor le gusta insistir en una clave hasta agotarla, como darle la vuelta a un argumento hasta que no

quede pulpa ni escama sin revisar: «El pez [se refiere al siluro, implantado en el embalse de Mequinenza por el biólogo alemán Roland Lorkowski en 1974] ha traído al Ebro la inquietud y la riqueza, como suele suceder con los forasteros». Lo que traen consigo tantos inmigrantes. El viajero, escritor, lector de periódicos, debelador de imposturas, profesor de periodismo, diarista de internet, ha leído bien y mucho, y no tiene el menor temor en revelar sus cazaderos. Recuerda un artículo «del gran Julio Camba» en el que describía las investigaciones «de un tal Boder», y así sale a relucir Emerson, que «usaba en su juventud 59 adjetivos por cada cien verbos y, en la vejez, no usaba más de 37». Cuando un escritor no sólo se fija en «esas cosas», sino que además las valora y esclarece es que ha llegado a una cima a la que se asoman muy pocos. Pero hay más, mucho más, este banquete dialéctico no ha hecho más que empezar, nada como un viaje a los orígenes para retratarse, y el viajero no se enmascara: «sus más íntimos sabían que en realidad se había hecho ególatra por no hacerse nacionalista: sólo un yo fuertemente desarrollado podía combatir eficazmente el desquiciamiento del nosotros». A pie de obra, el viajero la llama «vanidad profiláctica». Pudiera ser, aunque a fuerza de hacer masa acaba afectando al carácter. Pero el autor no oculta lo que es. Quien quiera conocerle, que le lea. Sabrá más: y no sólo de él, sino del mundo. No se engaña demasiado. Por algo tiene a Pla entre sus autores de cabecera, que es quien sentencia: «El crepúsculo lo ennoblece todo». Sigue ocurriendo en muchos campos de prosa muerta.

Ya dije casi al principio que este libro está plagado de hallazgos. Uno de los más notorios ocurre en la página 53, cuando sirviéndose de José Ramón Marcuello («el disco duro del río: ha escrito todos sus libros fundamentales») concluye, en palabras de estudioso, que «el Ebro no existe. Es una construcción puramente imaginaria». Al menos en Zaragoza, recientemente engalanada para unos fastos acuáticos que vuelven a dejar en evidencia nuestra vacuidad intelectual, nuestro genio para la publicidad, no para el pensamiento. A la excelente hipótesis de la inexistencia del río dedica páginas de una nobleza baturra, una nobleza que cualquiera que sepa leer y quiera entenderá. Que sirva para algo, ya es otro cantar. Lo saben los columnistas, aunque finjan ignorarlo y se sigan empujando en troquelar piezas que cambien el curso de las cosas. Bien per-

trechado con las investigaciones de Marcuello, remacha el viajero que ningún lugar se asocia tanto al Ebro como la ciudad de Zaragoza «y en ningún otro lugar la indiferencia cotidiana ante el río se transforma en mito como aquí. La primera condición de la religión es, ciertamente, lo imaginario: Zaragoza, ni bebe ni vive del Ebro y ni siquiera se divierte con él».

Como artículos de costumbres, y un cierto regeneracionismo desencantado —como todo regeneracionismo pasado por la piedra y por las ciencias humanas, que no se cree su papel aunque a veces lo adopte porque algo hay que adoptar— aparecen asuntos de varia ley y, claro, no podía faltar el eclesiástico y la incompetencia del clero, «tema tabú en España: hacen mal, con inconcebible y automática desgana, las misas, los entierros, las bodas y cualquier otra ceremonia; no protegen, como debieran, su patrimonio; e ignoran, muchas otras veces, lo que son. Entre lo que son, entre sus obligaciones, está la de gestores de milagros. La religión es un milagro. Sucede que en el fondo se avergüenzan de la fe del pueblo». Por eso sería tan pertinente la pregunta que nunca le hacen a Rouco y compañía (por no llegar al plinto marmóreo del Papa): Monseñor, ¿cree usted en Dios? El hecho —ese mal hacer del clero hispano— es evidente para quien quiera que haya tenido que pasar por sus instalaciones para las ceremonias en las que siguen disfrutando de inmerecido monopolio. Del que abusan a conciencia. Los sermones son de una pobreza argumental que clama al cielo. No se trata tan sólo de que ya no persuadan ni conmuevan a nadie, sino de que hasta el descuidado de la gramática y la sintaxis sean un dolor, que contrasta además vivamente con la belleza de los pasajes evangélicos, lo único que resiste el derrumbe.

En sus pesquisas, el viajero se ha encontrado, como es lógico, con un antepasado llamado Costa que en un opúsculo titulado *La voz del río* se refiere al «fatalismo musulmán» y a la «desidia musulmana». Gracias a que la ingeniería ha logrado vencer esos rasgos (que unidos al nacional-catolicismo acaso han fabricado un español de armas tomar, inhábil para la razón y los afectos), celebra el regeneracionista Costa que la comarca aragonesa de la Litera ha dejado de ser «un pedazo de África». En fin de cuentas (y ya van dos), revela ya en la página 89 otra faceta de su instrumental íntimo e intelectual, «el viajero comparte con el diseñador Ós-

car Tusquets un gusto indiscutible por las comparaciones. Porque, entre otras cosas, ofenden». Comparaciones que son necesarias porque son odiosas. ¿Cómo si no valorar? Ofender es, a veces, necesario. Cosas del conocimiento. Y así llegamos al meollo de este palíndromo que tiene algo de lírico y algo de metafísico, pero que siéndolo no es ni lo uno ni lo otro. Hay aquí ciencia, historia, observación del paisaje, cómo ha ido fraguando, cómo nos hemos ido haciendo así: «España es, ciertamente, una empresa difícil, fracasada, utópica. Una de las pruebas indiscutibles de la estúpida dificultad española se produce cuando algunas de las comunidades autónomas deben ponerse de acuerdo para impulsar algún proyecto en común, dictado por la geografía o la historia» y un colofón que es no sólo un aforismo, sino un modo profundo de pensar: «el abandono de la razón sólo produce monstruos». Me suscribo a esa frase. Como muchos ilustrados y afrancesados. País incorregible. ¿Cómo no hacerse del partido de la melancolía? Escribiendo libros como éste, donde se hallan observaciones que son un compendio de fulgurante observación, sentido común poético y lenguaje bordado con tanza viva, como cuando dice que «ninguna definición de río que el viajero conozca incluye la mención obligatoria de sus puentes». Y sobre ese trampolín hace su esgrima, olímpica y comunitaria, soberbia y de una humildad que cualquiera puede compartir si no le ciegan los prejuicios porque lo dijo Arcadi Espada: «Es un grave error. Sin puentes, el río pierde su identidad fundamental, que es la voluntad de la simetría. Sin puentes, el río es una frontera tribal, un barranco, un estéril finisterre sin actividad comunicativa», y «sin puentes, las voces del río son voces del barranco: ecos». Claro. Sin puentes, perecemos, nos ensimismamos, nos devoramos, nos evitamos el comercio, es decir, los otros. El contraste.

Lo que ha ido desgranando entre mediciones, fintas, recortes y descabellos, ha sido una teoría general de España a partir del curso inverso del Ebro. Así llegamos a otro eje de simetría: «el agua es, seguramente, la pieza más delicada de la estrategia económica española», y en esa línea no estaría de más la traducción y estudio de la obra del sabio francés Jacques Jaubert, *Recherches sur les arrosages chez les peuples anciens*, de 1848, a la que el viajero cubre de merecidos elogios y donde hallamos en su mismo prefacio una frase como «un solo pueblo (los árabes) ha conocido per-

fectamente el suelo de España». Recursos hídricos, régimen pluviométrico... y sobresaltos como el que comparte con el viajero, que anota, siempre minuciosamente, pero sin empachar: «El viajero recuerda su cara cuando descubrió los cálculos: el 80 por ciento del consumo de agua en el litoral español es agrícola. Se alegraron sus largas duchas meditativas. Aún le faltaba saber que la mitad de ese consumo (tratado con generosidad) sirve a una agricultura que no es rentable, que vive de la subvención y del capricho». Unos cálculos que habría que cruzar con las otras subvenciones comunitarias y estadounidenses a sus agroindustrias y cómo devoran un presupuesto que, entre otros daños colaterales, sirve para hundir la competencia africana, es decir, para financiar desesperación y cayucos.

¿Pero qué hacer cuando se ha hecho pedazos la trama de afectos que fue una vez España, una trama que «paradójicamente», escribe el autor en Guardamar, después de haber visto Benidorm como pocos, «se consolidó en la miseria y en la derrota de posguerra, a la intemperie, y al margen de la pútrida vociferación franquista, y tuvo mucho que ver con las nutridas migraciones interiores que son las que fundaron, en realidad, la España moderna». Da enseguida una zancada no pequeña: «Hubo un momento, piensa el viajero, cegado por la sal, que esa trama de afectos pareció consolidarse institucionalmente. Fue la Transición, pero como su nombre indica sólo se trataba de ir a alguna parte. El dónde lo han decidido los nacionalismos». Y de nuevo, como colofón casi de este viaje que, como dice la contraportada, aquí sí útil, «en 2001, el periodista Arcadi Espada remontó el Ebro para levantar acta de un paisaje (...) Cinco años después de aquella peripecia vital y literaria, y todavía azuzado por su querencia por la simetría, *el viajero* vuelve sus pasos para encararse con el reverso del río». Debería hablar de forma nada concisa de las fotografías que, entre una trama y otra, en blanco y negro, que es el color que más nos acerca a la verdad, Juan Peiró intercala, y que no son (lo proclama también, sin estridencia alguna la contraportada) mera ilustración: amplían este viaje siempre a contracorriente que quiero concluir no sin advertir de mi amistad con el autor, lo que no me nubla el entendimiento ni me hace pedirle menos a la hora de poner por escrito lo que ve y lo que piensa: «Quedan afectos, pero no hay trama. Sin trama no hay trasvase.

Agua entre las manos. Trasvase, repite el viajero. ¿Cuál es su antónimo? España. La España antónima, ya mero pleonasma». Una triste constatación que el lector quisiera pensar que algún día podrá borrar, además del egoísmo desafortunado, el narcisismo enfermizo de tantos españolismos a la inversa, la estulticia del nuevo rico, el alicatado moral hasta el techo: barrerlo, para que volvieran los afectos y pudiéramos volver a trabar la trama de un país, de una fogata civil llamada España. Lo dicho, melancolías.—*ALFONSO ARMADA*.

